

JUANMA AGULLES

# Vagabundias

*Criminales, vagos, putas y locos*

# ÍNDICE

Prefacio, 9

I

Parásitos, 11

2

Criminales, 35

3

Vagos, 57

4

Locos, 81

5

Terroristas, 109

6

Putas, 133

Epílogo, 157

*Para Claudia, que escuchaba y sugería  
mientras gestaba un universo.*

*Para Marina, ese universo.*

*Creo que todo arte está constituido  
por el procedimiento que consiste en  
observar todos los hechos en particular  
y agruparlos según sus analogías.*

Hipócrates

*Hay diferencia entre entender las cosas  
y conocer las personas.  
Tanto es menester tener estudiados  
los sujetos como los libros.*

Baltasar Gracián

## PREFACIO

PASÉ CATORCE AÑOS DE mi vida trabajando en un albergue para personas sin hogar. Lo que sigue es fruto de las conversaciones, lecturas y reflexiones realizadas durante aquel tiempo. Los testimonios, anécdotas y experiencias aquí presentadas han pasado por el filtro de mi memoria, ya que fueron recogidas sin atenerme a ningún método ni forma de registro. Por tanto, lo que cualquier positivista llamaría sesgo subjetivo está presente de principio a fin y no he hecho absolutamente nada por evitarlo. «Pero, entonces —se preguntará con creciente impaciencia nuestro positivista—, podría usted haberlo inventado todo». Por supuesto, eso sería perfectamente posible.

CAPÍTULO PRIMERO

# Parásitos

## UNA HERIDA ABIERTA

El señor K., así lo llamaré, se encontraba tirado dentro de una ducha de aproximadamente dos metros cuadrados, hecho un ovillo en el suelo, y emitía un leve sonido como de queja. Su cuerpo parecía totalmente consumido, al punto de presentar un aspecto muy parecido al de esas fotografías de los prisioneros de los campos de concentración nazis retratados el día de su liberación. El que intentase articular, mientras tratábamos de incorporarlo, algunas palabras en un idioma que podía sonar a polaco —y que, como supimos después, efectivamente lo era—, le daba a la escena un toque de horror añadido.

De una herida abierta en su frente, producida por el golpe posterior al desvanecimiento que sufrió mientras se duchaba, brotaba un hilo de sangre que recorría su cara hasta la barbilla. La piel parecía cuero curtido, los pómulos desmesuradamente marcados y los ojos, de un azul celeste limpiísimo, abiertos de par en par con una expresión a medio camino entre el terror y el agradecimiento. A pesar de medir cerca de metro ochenta no debía de pesar más de cincuenta kilos, por lo que pudimos alzarlo en volandas y sentarlo en una silla de ruedas sin demasiado esfuerzo.

El enfermero comentó: «Está desnutrido. Se habrá desmayado de hambre», mientras le limpiaba la sangre de la cara con una gasa y realizaba una primera valoración. Entonces, se detuvo a la altura de la cadera y me dijo: «Ven aquí, mira». El señor K. presentaba una herida en el trocánter izquierdo que despedía un fuerte olor y en la

que se agitaban muy animados pequeños gusanos de color blanco marfil. Era una herida parecida a las úlceras que se producen en los convalecientes de larga duración. Parte del tejido estaba necrosado y en estado de putrefacción. Durante unos segundos no pude apartar la mirada, aunque sin entender realmente lo que estaba viendo. El enfermero me explicó: «Ha estado tirado en la calle durante no sé cuánto tiempo, recostado sobre este lado, sin comer prácticamente nada y bebiendo. No se nos ha muerto aquí de milagro».

El señor K. fue mejorando paulatinamente durante su estancia en el albergue, aunque al principio fue necesario pasarlo al comedor colectivo en un horario especial junto con un auxiliar que lo ayudaba a alimentarse, ya que debido a su extrema debilidad era incapaz de realizar el movimiento de llevar la cuchara del plato a la boca. Abandonó la silla de ruedas muchos meses después de haberlo encontrado medio muerto en las duchas. Y comenzó a hablar de su historia cuando había transcurrido más de un año desde aquel primer encuentro.

Había vivido en la Polonia comunista y votó en 1990 la candidatura de Lech Walesa a la presidencia del país. Como el líder del sindicato Solidaridad, el señor K. estudió en la Escuela Técnica Estatal y trabajó en los astilleros. Tenía mujer y una hija pequeña. Un domingo por la mañana de un gélido febrero polaco, el señor K. subió al coche con su familia, dispuesto a recorrer los cincuenta kilómetros que separaban su casa de la de sus padres, para asistir a la acostumbrada comida familiar. No era habitual que el señor K. bebiese por las mañanas, pero ese día sí lo hizo. Nada que no pudiese soportar: «Saber beber es un requisito de ciudadanía en mi país», me dijo una vez. Sin embargo, sí bebió lo suficiente como para culparse del accidente de tráfico que sucedió a mitad de camino, cuando perdió el control del coche tras pisar una placa de hielo y cruzó fatalmente al carril contrario, provocando una colisión frontal con la furgoneta de un reparador de calderas que, pese a sus esfuerzos, no pudo evitar el brutal impacto que causó la



muerte de la mujer y la hija del señor K. Su relación con el alcohol se hizo mucho más estrecha a partir de aquella tragedia. «Bebo siempre para matarme, no tengo otra explicación», me dijo un día.

Desde que abandonara Polonia y se afincara en esta ciudad mediterránea había pasado más de una década. La fiebre de la construcción alentada por el *boom* inmobiliario le permitió trabajar como electricista algún tiempo, y pudo mantenerse a flote durante períodos más o menos largos, pero siempre, como atraído por el vértigo de quien se asoma a un acantilado, volvía a la tarea sistemática de demolerse a sí mismo. En algún momento, la ausencia de sentido comenzaba a alargar su sombra y el señor K. terminaba tirado bajo un puente o en la antigua estación de tren abandonada junto a otros desahuciados de la sociedad, bebiendo hasta perder la consciencia y sin poder determinar si estaba en la calle porque bebía o bebía porque estaba en la calle.

La última vez, antes de llegar al albergue, llevó las cosas tan lejos que permaneció más de un mes borracho como una cuba, tirado sobre el suelo de una nave industrial abandonada en la que un grupo de rumanos y él se resguardaban por las noches. Uno de sus compañeros, que trabajaba recogiendo chatarra, fue quien se ocupó de mantenerle alimentado y convencerle de que intentase permanecer sobrio algunos días y empezara a moverse. «Yo creo que fue el único que entendió que me quería morir y por eso, un día, me obligó a levantarme y me trajo aquí para que me duchase. Me meaba y me cagaba encima».

Cuando me contaba esto, el señor K. llevaba ya casi dos años en el albergue, había conseguido tramitar un subsidio y, aunque seguía utilizando un bastón para caminar, apenas sufría secuelas físicas de su alcoholismo. Era un hombre culto, con una mente despierta, conocedor de la historia de su país y con algunas ideas políticas sobre el mundo que le había tocado vivir. Me dijo un día: «Yo soy hijo del rigor». Cuando le pregunté a qué se refería con esa expresión, hizo un gesto con la mano, como espantando un

pensamiento que revoloteara alrededor de su cabeza, y dijo: «Comunismo, democracia, capitalismo, mafia, fascismo. La rueda de la historia. Yo soy hijo del rigor».

Estaba a punto de marcharse del albergue para vivir en una habitación de alquiler en un piso compartido y se había mantenido sobrio la mayor parte del tiempo. Pero, poco antes de marcharse, me dijo que sabía con toda certeza que volvería a beber. Era su forma de castigarse cuando las cosas empezaban a irle mejor, porque no consideraba que tuviese derecho a estar bien. La herida permanecía abierta, casi veinte años después del accidente, como había sucedido con aquella úlcera en su cadera. El señor K. llevaba siempre con él una parte muerta de sí mismo, una llaga que no podía cicatrizar y en la que los gusanos del remordimiento cumplían su cometido, devorando las partes necrosadas para mantenerla en carne viva. Nada moría del todo, ni la culpa ni el recuerdo. Todo seguía allí cuando volvía la devastadora sobriedad. El señor K. lo sabía. Y por eso también sabía que volvería a beber y que volvería a la calle cuando ya no pudiese pagar el alquiler.

## MENOS IMPLACABLE QUE LA VIDA

El señor K. lo tenía claro: bebía para matarse, y no había motivos para dudar de su propia evaluación atendiendo a su contrastada experiencia en ese campo. Sin embargo, toda la serie de sanadores del alma que lo trataron —psiquiatras, psicólogos, educadores y terapeutas— estaban convencidos de poder hurgar en su conciencia hasta dar con la tecla que haría que el señor K. entrase en razón y pasase sus días en una correcta sobriedad. Algo que él soportó con estoicismo mientras se reponía físicamente y organizaba su existencia para salir del albergue.

Tras una de las pocas veces en las que volvió a beber mientras residía allí, lo que en lenguaje técnico se conocía como «realizar

CAPÍTULO SEGUNDO

Criminales

## UN INDIVIDUO PELIGROSO

Cuando alguien solicitaba su ingreso en el albergue para un programa denominado de larga estancia, tenía lugar un complejo ritual que he descrito en otra parte.<sup>10</sup> Se trataba de unas reuniones, de periodicidad semanal, donde se ponía en común la información que cada profesional había logrado extraer de la persona a través de una serie de entrevistas, llamadas entrevistas diagnósticas, y que pretendían evaluar en qué medida el solicitante estaba en condiciones de completar un itinerario de inserción social y laboral con alguna garantía de éxito. El supuesto contenido técnico de estas reuniones, que contaban con un baremo numérico muy socorrido para dar sensación de científicidad y objetividad, no era más que la puesta en circulación de los prejuicios sociales que los propios profesionales albergaban respecto a las personas sometidas a su evaluación.

La primera vez que escuché hablar del señor London fue durante una de aquellas reuniones. La psicóloga señaló que la persona sobre la que se estaba hablando había pasado en prisión más de veinte años y que en el transcurso de su entrevista se había mostrado desafiante y reticente a facilitar cualquier información sobre las causas por las que había estado privado de libertad durante tanto tiempo. Al parecer, el señor London declaró que no tenía más

---

10 Agulles Martos, Juan M. «La codificación institucional de las personas sin hogar. Un estudio de caso», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 180, 2022: 3-18.

cuentas que saldar con la justicia y que había pagado con creces cualquier delito por el que se le hubiese condenado en el pasado. Había dicho, además, que no tenía ningún problema mental y que si la psicóloga quería conocer más detalles sobre sus antecedentes penales podía cursar una petición formal a la autoridad competente. Para finalizar, insistió en conocer la evaluación psicológica que se derivaría de aquella entrevista y solicitó que, de ser posible, le facilitasen una copia de su informe.

La descripción del curso de aquella conversación, y las pausas dramáticas con las que la psicóloga aderezó su relato, hicieron que automáticamente saltasen todas las alarmas en el equipo de profesionales. Alguien preguntó: «Pero, ¿consideras que puede ser peligroso?». A lo que la psicóloga, siempre comedida y eficiente, contestó: «No podría decirlo tras una sola entrevista, pero mi impresión no ha sido buena. Nadie pasa tanto tiempo en la cárcel sin haber cometido algún delito de sangre». Esta apreciación, que mezclaba el celo profesional, las meras impresiones subjetivas y las consideraciones diletantes sobre los aspectos jurídicos del asunto, fue suficiente para promover un acalorado debate sobre las condiciones de seguridad en el albergue, la pertinencia y la posibilidad legal de conocer si el señor London era un asesino o algo peor, e incluso abordar el aspecto físico, la higiene impecable y la manera exquisita de comportarse —«extremadamente correcta», y por tanto sospechosa— que había mostrado el sujeto en el resto de entrevistas. Todo lo cual recomendaba no darle acceso al programa más que durante un periodo de prueba, extremando la vigilancia sobre su comportamiento y advirtiendo al resto del personal sobre las especiales características del individuo en cuestión.

## PRESOS POCO COMUNES

El día que descubrieron el túnel, el señor London fue sacado de su celda y trasladado, junto con otros seis reclusos, a los sótanos de la cárcel de Carabanchel. Hasta hacía bien poco, en ese mismo lugar se encontraba instalada la silla en la que se aplicaba el garrote a los condenados a muerte. Era el 13 de marzo de 1978. Inmediatamente comenzaron las palizas y los interrogatorios. Los carceleros querían saber quién había organizado la fuga y escogieron a aquellos que se habían mostrado más activos en la COPEL (Coordinadora de Presos en Lucha) para, mediante tortura, esclarecer los hechos y dar ejemplo de mano dura al resto de reclusos.

Las cárceles estaban en pie de guerra en todo el país. Desde finales del año 1976, la agitación social y el parcial desmoronamiento del régimen habían forzado al Gobierno a plantear reformas penales y hablar de una Ley de Amnistía para los presos políticos del franquismo. Los denominados presos comunes habían comenzado entonces la agitación dentro de las prisiones para reclamar, entre otras cosas, que la Ley de Amnistía les incluyese y contemplase una excarcelación que el Estado les negaba. Comenzaron a denominarse a sí mismos presos sociales, dado que se consideraban reos de un régimen criminal e ilegítimo. En su primer comunicado, del 15 de enero de 1977, en el que aparecen por primera vez las siglas de la COPEL, señalaban:

Somos conscientes de que nuestra lucha debe salir a la calle como una «Lucha Social», contra la Injusticia manifiesta de un Régimen brutal que ha creado las bases socioeconómicas de la desigualdad contra la que nos rebelamos, y que ha institucionalizado la represión como forma de Gobierno sobre los Pueblos y Hombres de España.<sup>11</sup>

---

11 César Lorenzo Rubio, *Cárceles en llamas. El movimiento de presos sociales en la transición*, Barcelona, Virus, 2013, p. 135.

Las pretendidas reformas del sistema penitenciario, que trataban de construir una fachada democrática sobre lo que seguía siendo un sistema de represión heredado de la dictadura, solo conseguían aumentar la desesperación de los presos sociales, que veían cómo sus condiciones de vida seguían deteriorándose, custodiados por guardias afectos a la dictadura, muchos de ellos militantes de Fuerza Nueva, mientras en las calles las reivindicaciones por la libertad y la justicia se saldaban con muertes y más represión.

Así, aquellos que permanecían encerrados bajo la mirada indiferente de una sociedad en supuesta transición hacia un régimen democrático comenzaron a organizarse. Cuando sus reivindicaciones obtuvieron como respuesta las represalias, las conducciones forzosas, los aislamientos y las palizas, sus acciones pasaron al enfrentamiento directo contra el sistema carcelario y el Estado.

El epicentro de la agitación de los presos sociales estuvo en la cárcel de Carabanchel, donde el señor London cumplía condena entonces. Desde el inicio, participó en las asambleas y en las reivindicaciones que dieron lugar al nacimiento de la COPEL, y por ello sufrió las represalias que se aplicaron a los presos más activos. Ese fue el momento en el que el señor London y otros muchos convirtieron su marginalidad en conciencia política.

Las fugas, los motines, las huelgas de hambre y las automutilaciones se sucedieron en una escalada de la tensión que se extendió a diversos presidios del país, llegando a su punto culminante durante el mes de junio de 1977, coincidiendo con las primeras elecciones legislativas. Tan solo en ese año se contabilizaron en todo el país más de cincuenta motines, y prácticamente no hubo semana sin huelgas de hambre, automutilaciones colectivas y fugas.

En aquel ambiente de tensión y violencia desplegada por el régimen carcelario se estaba gestando el estallido que tendría lugar el 18 de julio de 1977 y que se conoció como *La batalla de Carabanchel*. La elección de la fecha para el levantamiento de los presos, evidentemente, no fue casual. Ese día, varios de ellos se encarama-

## EPÍLOGO

TRAS CASI QUINCE AÑOS dedicando gran parte de mi tiempo a aquel trabajo, y tratando de lidiar con las contradicciones que a diario se me planteaban en torno a la forma en la que me ganaba la vida, las cosas que veía y escuchaba allí, y todas las situaciones que presenciaba sin poder influir mucho en el curso de los acontecimientos, en septiembre de 2022 decidí marcharme. Debo gratitud a todas aquellas personas que compartieron conmigo sus *vagabundias* y que me enseñaron a tratar las cosas más importantes con ligereza. No las voy a nombrar aquí. Ellas saben por qué.